ODA.

EN LA SOLEMNE ENTRADA DE los primeros Niños en el Seminario Conciliar, fundado bajo la Real proteccion por el Illmo. Señor D. FELIPE BERTRAN, *Obispo de Salamanca, Inquisidor General, dandoles su Ilustrisima las Becas.*

La alabanza es dulcisima, y debida
al Señor Dios del Cielo
que mirar à su Pueblo se ha dignado:
el Señor de sus siervos sea cantado,
y sus ministros fieles, escojida
porcion suya en el suelo,
glorifiquenle en hymnos celestiales,
y al alto suban humos inmortales.
¡Que nueva inspiracion conmueve el pecho,
y de sí le enagena
hasta el alto Sion, do la corriente
de Siloa se desliza blandamente,
alla dó en tiernas lagrimas deshecho

en la noche serena
el hijo de Jesse la harpa tañía,
y à su cantar los Cielos atraía!
Yo veo un nuevo Pueblo levantarse
sobre la cumbre alzado
à la dorada bobeda del Cielo,
merced al alto pecho y santo celo,
que todo à sus ovejas consagrarse
sabe, jamás cansado,
y à la inocente Esposa del Cordero
guardarle quiere su rebaño entero.
El hijo de Filipo esclarecido,
que rige el Principado
de España, con su nombre lo engrandece,
y reales dones liberal le ofrece;
tal del Sol Rey del dia desprendido
rayo dá al yerto prado
su aljofarada y humida verdura,
colmandolo de gala y hermosura.
¡Que puro y dulce fruto regalado
con bendicion cumplida
producen ya sus almas inocentes
guardadas à los cierzos inclementes!

ro-

rocio de los Cielos nacarado
las riega sin medida,
y el aura de la gracia las rodea,
y su divino aliento las recrea.
Asi un tiempo el Anciano venerable
à Esau preferido
sus nietos y sus hijos ayuntaba,
y la postrera bendicion les daba,
tal el claro Pastor con rostro afable
el pecho enternecido,
mira la amable juventud rendida
de turquí y rica purpura vestida.
Sus labios abre, y de la boca de oro
de miel súave corre
un arroyo caudal, que el alma riega,
y del terreno limo la despega,
sus voces son súavisimo tesoro
con que à todos acorre,
y alegre lluvia del benigno cielo,
que inunda y fertiliza el mustio suelo.
Los inocentes Jovenes que un dia
serán del Templo ornato,
y siervos fieles de la Iglesia santa,
ale-

alegres mueven la devota planta,
en el rostro la candida alegria,
acia el Pastor, que grato
ciñendoles la toga purpurada,
de Dios los entra en la Real morada.
Sus Padres dichosisimos al vellos
bendicen su edad cana,
lloran de gozo y llaman venturosas
mil veces por tal fruto à sus Esposas,
no osando retirar la vista de ellos
placida, alegre, ufana:
¡ y quantos con envidia ay ! este dia
miran sus canas y su edad tardia !
Y las tropas Angelicas volando
con sus doradas alas
de lumbre llenas y de odor de gloria,
cantan de la inocencia la victoria,
y otros à sus Alcazares tornando
por las empireas salas
postrados ante el Trono, *Santo Santo*
repiten con divino y dulce canto.
Mas los Niños qual tiernos corderillos
sin macula en contorno

à su Pastor santisimo rodean,
y las canas de plata le hermosean,
asi con albas de candentes brillos
en celestial adorno
el Aguila de Dios miró primero
seguir los Inocentes al Cordero.
Todo es placer, y jubilo, y contento:
los animos colgados
del Pastor que la frente al ara inclina,
y à Dios ensalza en su oracion divina:
discanta el Coro en celestial concento
sus canticos sagrados,
que el concavo del Templo temblar hacen,
los Cielos mueven, y al Señor complacen.
Ni tu, Virgen purisima, que al suelo
el celestial rocio
lloviste, y el deseo de las gentes,
te niegues à sus suplicas ardientes,
benigna inclina desde el alto cielo
el rostro afable y pio,
y tu manto real de nieve y oro
los cubra y limpie el derramado lloro.
El claro Obispo de Milan postrado

Se-

Señora ante tu planta,
„ Dias, dice, vendrán que tu alta gloria
„ canten, y de tu brazo la victoria:
„ sus ojos à ti miran; tu sagrado
„ semblante, que quebranta
„ del mar la furia y del averno ciego,
„ benigno acoja su inocente ruego.
„ Helos, ò Esposa del amor, ò Alba,
„ madre del Soberano
„ Sol, que acia ti rebuelven los llorosos
„ ojos entre suspiros dolorosos,
„ en tu Ciudad santisima los salva;
„ y llevelos tu mano
„ por la noche del vicio y niebla oscura
„ del santo Templo à la mansion segura.
La Emperatriz altisima del cielo
torna la faz de rosa
con un mirar divino, que de llama
de amor y gloria el alto Empireo inflama,
y oye à su siervo Carlos, hasta el suelo
corrió la gloriosa
luz, y en el aire puro resonaron
mil hymnos que los Angeles cantaron.

Y

Y yo vi levantarse de odor llena
al punto una alba nube
que agradó à la gran Reyna, y que cercaba
al Sol, y de sus rayos se doraba:
el Templo en tiernos canticos resuena,
al alto el rumor sube,
de dó el Señor recibe con agrado
el nuevo Pueblo en su heredad plantado.

Illmo. Señor:

B.L.P. à V.S.I. con el mas profundo respeto
su mas rendido servidor

Juan Melendez
Valdes.